

Solo quedaron los muertos

La hora gris

EDUARDO OTÁLORA MARULANDA
Fondo de Cultura Económica, Bogotá,
2020, 112 pp.

IMAGINEN EL fin del mundo. Después de unos terremotos, unas plantas nucleares explotan en Estados Unidos y así no más es “por esas verriondas nubes negras que la vida se nos va a poner a cuadros” (p. 18). Y después, ¿qué? Porque aunque parece que la vida en el planeta se ha acabado, la vida humana, no. Esa persevera, se agarra de la rama más corta con tal de no desaparecer, así sea a costa de una degeneración lenta y dolorosa. Hasta dónde puede llegar, sobreviviendo de esa manera, es lo que *La hora gris* nos propone averiguar en un corto descenso a veces surreal, muchas veces aterrador y todo el tiempo incómodo.

El fin del mundo no es un tema novedoso. En casi todos los momentos de la historia de la humanidad siempre ha habido alguien dando gritos en una esquina para anunciar el fin que se aproxima (pero nunca llega). En la historia moderna se convirtió en ícono de la cultura pop, y se ha visto en mil iteraciones de cine y televisión gracias a que se desliza con facilidad entre la fascinación y el terror. La primera apela a nuestro niño interior, atraído como una polilla por las explosiones a gran escala, y el otro asedia al adulto, más consciente de que nuestro mundo sí se acabará algún día. Sin embargo, no se ve tanto en literatura, por lo menos no en el tipo de la que plantea Eduardo Otálora. Esta novela corta no tiene que ver con el mundo que ya terminó sino con el precio de sobrevivir, la involución de todo lo que la “humanidad” comprende: cultura, ciencia, familia, vida.

Ese futuro hipotético se desenvuelve a través de la imaginación de Otálora con una prosa bien plantada y seria. Como si fuera un juego de golosa que ya tiene memorizado, Otálora describe con cada salto y con suficiente detalle el mundo en el que ahora vivimos: las flores marchitas, la carretera vacía, las manchas de óxido en las paredes, las nubes antes blancas, luego negras y

ahora rojas. Y de pronto ese salto cae en el horror, el mismo que siente una niña antes de ser operada: “A mí me suena horrible eso de que tengan que cortarme los brazos y también lo de que me metan huesos de un muerto y además que me amarren y que la piel se me caiga” (p. 73). Afortunadamente para ella, luego escucha el himno de la felicidad y todo está bien otra vez.

Es posible que el único pero de esta novela sea esa misma seriedad de la prosa. Por momentos *La hora gris* peca de rigidez, ofrece pocos matices narrativos y, como consecuencia, el ritmo de la novela se estanca. La historia es lo suficientemente interesante para que esto no sea un detrimento, pero al final sí queda la sensación de que la novela hubiera podido ser más atrapadora.

Esta historia sucede en tres lugares y momentos distintos e indeterminados, aunque tampoco importa el dónde exactamente pues podemos pensar que la situación es la misma en todo el planeta. Esos detalles los deja Otálora al lector para que este los complete o no. Lo que sí sabemos es que el fin del mundo empezó varios meses atrás y hasta ahora se notan las manchas amarillas que aparecen sobre flora, fauna y gente. En la primera parte, conocemos la historia de Éver y su familia campesina, que dejan atrás un hogar idílico en la montaña para buscar refugio, una torre recién construida, donde tal vez podrán sobrevivir. Luego nos trasladamos a una torre tal como esa, mucho tiempo después, aunque, otra vez, no sabemos exactamente cuánto. Suficiente en cualquier caso para que las piezas de “la gran máquina” —la que permite que adentro todos puedan seguir viviendo— se hayan deshecho y sean reemplazadas por personas. Una niña, Erián, hará lo que tenga que hacer para convertirse en una de esas piezas y no terminar como harina para la pasta de proteína. Finalmente, dando otro salto indefinido en el tiempo, un niño y un anciano, últimos sobrevivientes de su pequeña tribu, esperan sentados en una cueva mientras ven cómo su alimento y su tiempo se acaban poco a poco.

Como es de notar, en las tres partes los narradores-protagonistas son niños, lo cual resulta un acierto más de la novela. Los niños, estos niños, tienen el encanto de pensar que las cosas siempre

pueden mejorar. Por eso es que seguimos recorriendo el horripilante camino de *La hora gris*, porque sería imposible creer que cualquiera de estos episodios podría terminar bien si los narradores no fueran quienes son. “Yo quiero vivir y que todo deje de doler” (p. 74), dice Erián en algún momento. Es un atributo característico de los niños, pero que con la edad se puede volver repulsivo o falso. A pesar de tener que enfrentarse a diferentes horrores, pérdidas familiares, hambre, deformaciones físicas, la esperanza de un futuro mejor, la posibilidad de sobrevivir, no desaparecen. Es más notorio e interesante cuando comprendemos que esa actitud va completamente en contravía de lo que estamos viendo en la historia.

Finalmente, todo lo anterior puede existir y crecer gracias al mundo que Otálora ha construido alrededor. Aunque el tiempo y los lugares son inciertos, el autor sí sabe exactamente dónde y en qué momento está, y nos lo hace saber con cada paso que da. La torre en que habita Erián existe en un futuro distópico en el cual conviven sin problema el himno “Tú eres demasiado perfecto” y la idea de que solo ciertas personas con ciertas proporciones podrán trabajar, y por lo tanto cumplir su “propósito”, en la gran máquina. Al final, un “tata” (el niño) y un “abi” (el anciano) son los últimos sobrevivientes de una pequeña tribu de “como-nosotros” (caníbales), que se comen a los “carne-humana”. Y lo mejor es que Otálora nos narra cómo fue que la humanidad llegó hasta ese momento: “Mi abi cuenta que hubo un tiempo en el que los como-nosotros no nos comíamos a los carne-humana” (p. 81). Esta construcción que se expande por varios o pocos siglos es la que sostiene la verosimilitud de la novela y hace la lectura mucho más entretenida.

La hora gris se posiciona dentro del género del horror y el fin del mundo con una historia bien definida e inteligente, como una novela distinta a las demás. No se preocupa por los juegos pirotécnicos típicos del género, para poder concentrarse en trazar una historia de la involución humana. En la novela, historia, narrador y lugar se juntan de diferentes maneras para cumplir con el objetivo de llevar la idea hasta el extremo y de incomodar al lector lo máximo posible. Nos hace preguntarnos “¿hasta

dónde llegaría para sobrevivir?”. Parece que la novela nos responde: “Hasta que en algún momento dejamos de ver gente caminando y solo quedaron los muertos” (p. 31).

José M. Lleras